

más dulce y afectuosa madre? Él nos ama, y jamás se olvida de nosotros; nos consuela y acaricia blandamente, como una madre á su pequeño hijito. (1) Mas ¿qué decimos? ¿acaso no está escrito: ¿Puede la mujer olvidarse de su niño sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas? pero aún cuando ella pudiera olvidarle, Yo nunca podré olvidarme de ti. (2) El Espíritu Santo nos ama, y por esto nos espera con tanta paciencia, para convertirnos, ayuda nuestra flaqueza, disipa nuestra ignorancia, y Él mismo pide por nosotros con inexplicables gemidos, haciéndonos llorar penetrados de sincero y vivísimo dolor. (3) ¡Ah! cuán dulces son sus consuelos, aún en medio del amargo llanto; cuán serena y hermosa la paz que derrama en el alma! Sin duda alguna que su inspiración nos humilla hasta el fondo de la nada y la miseria en que yacemos; mas aquí mismo alienta la esperanza, sostiene el corazón, alivia sus dolores, lo inunda de consuelo. Él es un Padre tierno y bondadoso; esta palabra nos hace derramar el llanto del amor: se aviva el sentimiento del cariño; y la gratitud nos recuerda conmoviendo toda el alma, sus inefables y continuas misericordias; y no hallamos con qué podrá explicarse su incansable y tiernísima bondad, y levantando los ojos hácia la altura, y volviéndolos luego en rededor, casi enagenados, exclamamos: ¡Oh cielos, entonad himnos, y tú, oh tierra, regocíjate; resonad vosotros, oh montes, en alabanzas: porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se apiará de sus pobres! Yo me acordaré siempre de las

(1) Isa. LXVI. 13. (2) Id. XLIX. 15. (3) Rom. VIII. 26.

misericordias del Señor; y le alabaré por todas las cosas que ha hecho á favor nuestro, y por la muchedumbre de los beneficios que nos ha concedido según su benignidad, y la dilatada serie de sus piedades. El Señor ha dicho: Este es mi pueblo, estos son mis hijos..... en todas nuestras tribulaciones jamás se cansó de librarnos el Señor; antes bien el ángel que está en su presencia, nos ponía en salvo; y Él mismo á impulsos de su amor y su clemencia, nos redimió, y sobrellevó, y ensalzó en todo tiempo; provocamos su ira, y lo contristamos; y el Señor se nos convirtió en enemigo, obligado de nuestras continuas rebeldías. Pero luego se acordó de los tiempos antiguos; de Moisés y de su pueblo. ¿Dónde está, dijo, ahora aquel que lo sacó del mar rojo; el que puso en medio de ellos su divino Espíritu, el que puesto á la derecha de Moisés lo condujo con el brazo de su Majestad; el que los guió por medio de los abismos, como se hace con un caballo por la desierta llanura, sin ningún tropiezo? Como se lleva á un jumento por la ladera, al campo, con el mayor sociego; así nos condujo el Espíritu del Señor: así, oh Dios, fuiste nuestro conductor en todas las sendas de la vida. (1)

Al espirar en nuestros labios este himno de gloria y bendición, vuelve el alma á sentir las vivas y abrasadas llamas de su amor; porque ese Espíritu Divino, es un fuego inextinguible, y jamás nos fastidian sus consuelos; que ántes bien, á cada instante que tenemos la dicha de gustarlos, aumentan su inefable y castísima

(1) Isa. XLIX. 13.-LXIII. 7,-14. Calmet.

dulzura: ellos son el agua misteriosa de la que dijo el Salvador á la samaritana: Quien bebiere del agua que Yo he de dar, nunca jamas tendrá sed: ántes esa agua será para quien la tome, un manantial que irá corriendo hasta la vida eterna. [1]

Todos hemos pecado y necesitamos de la gloria de Dios; [2] de la riqueza de su gracia, de la dulzura de su misericordia; y por esto recordando la clemencia infinita del Espíritu Santo, publicamos, á voz en cuello, la abundancia de su inefable suavidad, y saltamos llenos de contento, alabando su justicia. Benigno es el Señor y misericordioso, sufrido y de muchísima clemencia. Para con todos es benéfico el Señor, y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras. [3]

Necesitamos de una gran misericordia segun la grandeza y muchedumbre de nuestros pecados; mas donde abundó el delito sobreabunda la divina gracia. Tarda el Señor en castigarnos, y está dispuesto á darnos el perdón; nos inspira y da la penitencia, y por último, quita de los hombros el yugo del pecado; el cual se pudre y cae, haciéndose pedazos, por la abundancia del sagrado bálsamo de la misericordia del Altísimo. (4) La divina paloma trae consigo el ramo de la oliva para ungirnos con ese bálsamo que es la medicina de todos nuestros males. Esa misericordia, nos ha dicho el profeta, es sobre todas las obras de Dios, el que, si bien es admirable en todas estas; más admirable, sin embargo, nos parece en sus hermosas obras de piedad y gracia. [5] En efecto, si contemplamos la elevacion de las o-

(1) Joann. IV. 13, 14. (2) Rom. III. 23. (3) Ps. CXLIV. 7, 9. (4) Isa. X. 27. Hieron. Bernard. De Tripli. Misericor. (5) S. August. De medit. c. 2.

bras del Señor, la justicia se deja ver como encumbrado monte, y hasta las nubes se levanta la verdad; mas la misericordia está en el cielo. (1) Y llena de ella está la tierra; (2) y se extiende de una en otra generacion. El Señor se ha compadecido de nosotros, decia Isaías, con eterna misericordia..... Y aun cuando sean conmovidas las montañas, y se estremezcan los collados, la misericordia no se apartará de nosotros, y será firme la alianza de paz que el compasivo y generoso Dios ha hecho con el hombre. (3)

Si luégo contemplamos la profundidad que tiene la misericordia del Señor, ella se nos presenta cual piélagos infinito é inmenso abismo de bondad y gracia. Si levantamos los ojos al Eterno, parécenos que la justicia y las demas virtudes están á un lado y otro del divino trono; mas su adorable y gran misericordia como el iris, lo rodea por todas partes. (4)

¿Quién no siente que la divina misericordia del Señor, cual saludable y perfumada brisa, refresca su abatida frente, haciendo brillar ante sus ojos un rayo de esperanza? El corazon más oprimido se dilata, y alegre y lleno de contento, dice con David: Mi alma se negó al consuelo, pero me acordé de Dios y luégo al punto, me llené de gozo. (5) Ni nuestros mismos crímenes por más que sean muy grandes nos privan de la dulcísima esperanza del perdón, ni tampoco agotan las fuentes del consuelo que para los grandes pecadores tiene abiertas la misericordia, si llorando y conpungidos, la vienen á implorar: vemos á Zaqueo, recordamos

(1) Ps. XXXV. 6, 7. (2) Id. XXII. 5. (3) Isa. LIV. 8, 10. (4) Apoc. IV. 3. Le Blanc. in Ps. CXLIV. (5) Ps. LXXVI. 3, 4.

á María, pensamos en San Pedro, y traemos delante de los ojos al buen ladrón; todos ellos fueron perdonados y brilla en su perdón, hermosa y pura, la misericordia del Eterno que nos alumbrá con la luz de la esperanza.

Hé aquí las inestimables riquezas de la hermosa misericordia del Señor, la cual es incomprendible por su inmensidad, é inefable en razón de su grandeza; la lengua calla, y la inteligencia del mortal queda sin aliento. (1) En silencio, pues, y en la más profunda humillación, amamos, adoramos, alabamos al Espíritu Santo, á quien apropiamos la divina bondad, esa fuente inagotable de gracias y consuelos, cuyas azuladas y sonantes aguas saltan á la vida eterna.

## CAPÍTULO VIII.

### § I.

#### CONTINUACION DEL ANTERIOR

Cuando pensamos en la belleza del Divino Padre, su majestad y su poder, la elevación de su trono, y su inefable y santísima clemencia, sentimos en el alma vivísimo deseo de contemplarlo; y ¿quién no lo tuviera? Él es la fuente primitiva de toda belleza, y gracia, y dulzura, y poder, y majestad infinita. ¡Ah! sus hijos lo aman y suspiran por su vista; y con todo, se ven obligados á exclamar llorando de tristeza: Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras. (2) Pero sí sabemos que si esta casa

(1) D. Gregor. in Ps. CXIX. 7. (2) I. Cor. XIII. 12.

terrestre en que habitamos, viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra, no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente. Por esto suspiramos aquí en la tierra, deseando ser revestidos del ropaje de gloria..... y el que nos formó para ese estado de celestial ventura, es Dios, el cual nos ha dado su Espíritu por prenda. Por esto estamos llenos de confianza; y sabiendo que mientras estemos en el cuerpo nos hallamos lejos del Señor y fuera de nuestra patria; porque caminamos hácia Él por la fe y no lo vemos todavía claramente, en esa confianza, preferimos más ser apartados del cuerpo, á fin de gozar la vista del Señor. (1)

Recordamos, entre tanto, volviendo nuestros ojos al Verbo del Señor, estas palabras que salieron de sus labios sacrosantos: Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquél á quien el Hijo habrá querido revelarlo; (2) y entonces exclamamos: Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta. Y Jesús nos da la respuesta que en otro tiempo dió al discípulo que le hizo aquella petición: Tanto tiempo há que estoy con vosotros ¿y aún no me habeis conocido? quien me ve á Mí, ve también á mi Padre. ¿Pues cómo dices: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de Mí mismo. El Padre que está en Mí, Él mismo hace conmigo las obras que Yo hago. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí?

(1) II. Cor. V. 1, 8. (2) Matth. XI. 27.